

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Matrimonio de Generosa Soligno y Salvatore Silvestro. Archivo: Marco Silvestre, 2006.



Una postal familiar, la familia Domingo Silvestro.



Domingo Silvestro estrecha la mano del presidente Hugo Banzer durante la firma del decreto que permitió la rehabilitación del Lanificio Boliviano Soligno. Archivo: Marco Silvestro, 2006.

ESPERANDO A SALVATORE SILVESTRO

Sea en las remotas minas del altiplano o en las suntuosas residencias de la ciudad, los casimires de Silvestro eran esperados con una ansiedad y desespero que sólo un niño de cinco años exhibe cuando ante sus ojos desfila el juguete anhelado. Y no era para menos, las prendas que el italiano de bigote oscuro y pequeño importaba de Europa eran apetecidas por la fina textura y el acabado que lucían. Desde que llegó, en 1930 proveniente de la Campania, el napolitano se dedicó a trabajar jornada tras jornada sin conceder pausa o respiro a la mente y el cuerpo. Los resultados de tanto empeño y sacrificio salieron pronto a la luz reflejándose con nitidez en la buena aceptación que tuvieron todos los productos que comerciaba la firma Silvestro & Cia en aquella hospitalaria sociedad boliviana. De esta forma, no sólo los textiles se vendían con inmediatez, también las pastas y vinos, junto al sabor apreciado de los turrone italianos, se extinguían de los estantes en un abrir y cerrar de ojos. Aunque el comerciante se hallaba satisfecho por las ganancias recibidas y la buena acogida que la población dispensaba a su mercadería, no dejaba escapar ni el más mínimo detalle a la hora de cerrar un contrato y despachar los productos vendidos. Si era necesario, él mismo se dirigía transportando la mercadería hasta el lugar donde se encontraba la clientela, por ello, nunca resultó extraño encontrarlo fuera de la ciudad, encaramado sobre el lomo de una mula y conduciendo en persona la recua con la carga hasta la entrada misma de un socavón, o arreando los cascotes de las bestias hacía el viejo portal de una hacienda. Claro, Salvatore también gustaba de los ratos de ocio y esparcimiento y, como buen napolitano, buscó compañía permanente en las reuniones que sus paisanos celebraban los fines de semana. Fue así como entabló amistad con Domingo Soligno, napolitano como él y propietario de un verdadero imperio de los textiles en Bolivia. Salvatore quedó impresionado por la personalidad amena y distinguida que desprendía la figura del empresario, y su mirada, todavía sorprendida por los ambientes que empezaba a registrar, se detuvo para luego posarse complacida en la grácil silueta de Generosa, hija consentida del próspero textilero. Generosa Soligno Della Torre le regaló un sí rotundo a la proposición matrimonial de Salvatore. Juntos edificaron su hogar criando con esmero a sus hijos: José, Domingo, Brígida, Carlos, Lucía, Ana María y Salvador.

Mientras el tiempo libre y la salud se lo permitieron, Salvatore dedicó horas enteras a la organización de la casa de los italianos en Bolivia. Además, con su suegra, Brígida Della Torre, y los recursos económicos que la beneficencia social del Lanificio Boliviano Domingo Soligno disponía, contribuyó a la gestación de obras sociales importantes, como la donación de la iglesia del colegio Santa Ana, en la ciudad de La Paz. El laborioso comerciante de los casimires murió en

el año de 1971 en Buenos Aires, Argentina, luego de haber depositado esfuerzo, ambición y cariño en su descendencia.

El nieto de Soligno y el hijo de Salvatore

Domingo llevaba el nombre de su abuelo y, como él, amaba todo aquel desafío que ponía a prueba su voluntad de hierro y coraje imbatible. Si bien había nacido fuera de Bolivia –era argentino porque a sus padres también les gustaba residir temporalmente en ese país– su camino lo trazó en Bolivia y la huella de sus múltiples obras y emprendimientos quedó estampada en esta tierra. Como primer gran desafío, Domingo tuvo a su cargo, en Buenos Aires y a temprana edad, la gerencia general de la fábrica de textiles Matazza, propiedad del abuelo Domingo Soligno. El joven empresario asumió con valentía el compromiso y estuvo, en todo momento, a la altura de las circunstancias. La fábrica era moderna y la maquinaria con la que contaba se encargaba diariamente de la confección de los casimires. Domingo aprendió rápidamente a desenvolverse en estos ámbitos y es muy probable que esta experiencia haya sido decisiva más tarde, cuando en 1970 la debacle se apoderó de la destacada empresa boliviana, sumiendo en una crisis total a la conocida fábrica textilera, siendo él la única persona capaz de retomar las riendas del negocio familiar.

Domingo llegó a Bolivia dispuesto a reencauzar las aguas desbordadas comprando las acciones del negocio y logrando, por parte del gobierno de turno, la promulgación del “Decreto de Rehabilitación del Lanificio Boliviano Domingo Soligno”. De esta manera la fábrica quedaba libre de tributos y pago de impuestos por un periodo de dos años. Su trabajo no fue sencillo, sin embargo la voluntad y buenos oficios desplegados le permitieron apostar por el triunfo. Así, la fábrica del recordado Domingo Soligno continuó su marcha ininterrumpidamente hasta la década del ochenta. Pero Domingo Silvestro también fue conocido por su ardua labor dentro de las artes visuales bolivianas. En 1963 construye e inaugura el cine Escala en la Sede de Gobierno, y su talento como distribuidor de películas es reconocido al obtener tres “Llamas de Plata”, máximo galardón en el rubro cinematográfico boliviano. Domingo Silvestro contrajo matrimonio con Rosario Sainz y tuvo tres hijos: Marco Antonio, Ximena y Bárbara.